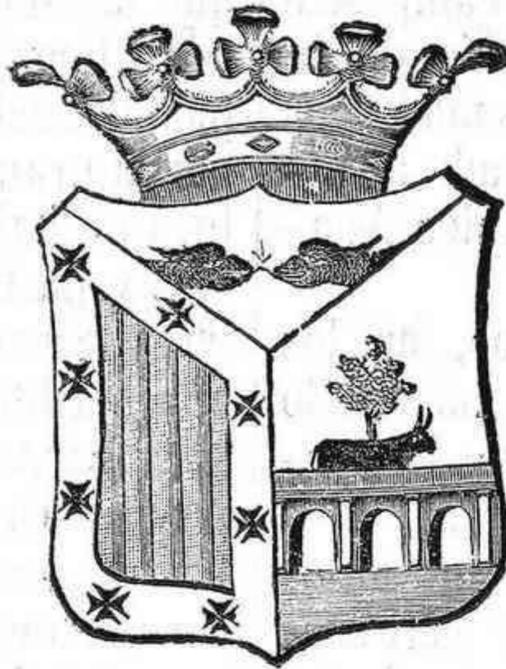


PRECIOS DE SUSCRICION.

En Salamanca 4 rs. al mes llevado á casa de los Señores Suscritores, y fuera 5 franco de porte.

**REDACCION DEL ALBUM.**

Las reclamaciones se dirigirán á la Redaccion, calle de la Rua, núm. 15, francas de porte.

ALBUM SALMANTINO,



semanario de ciencias, literatura, bellas artes é intereses materiales.

Á LA MEMORIA

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS.

Hoy (11 de Marzo de 1854) hace cien años que en un pequeño pueblo de Estremadura vió la luz primera el ilustre poeta D. Juan Melendez Valdés, doctor en leyes, catedrático de Humanidades de esta Universidad, y uno de los escritores mas célebres de su tiempo. La influencia que ejerció sobre sus contemporáneos y la singularidad de su distinguido mérito fueran bastante para honrar su memoria, si además

no le hiciesen acreedor á nuestro homenaje de admiracion y gratitud, la circunstancia de haberse educado en Salamanca, pertenecernos su gloria y ser el gefe de la Escuela Literaria Salmantina: por esta consideracion los redactores del ALBUM dedican este número á celebrar el centésimo aniversario de su nacimiento.

Nadie, con mas derecho y justos títulos que Salamanca, envanecerse puede de su gloria, y entusiasmarse con sus triunfos, por haberle educado en su seno, y porque su lira inmortal, en dulcísimos cantos, ha hecho resonar por todas partes ya los celebrados valles de Otea y Zurguén, ya las bullentes y cristalinas ondas del Tórmes.

Conocido entre los vates con el nombre de *Batilo*, (título que dió á su égloga en alabanza de la vida campestre y que obtuvo el primer premio de la Academia) es quizá entre los modernos el único que puede ser colocado al nivel del tierno Tibulo y del dulce Anacreonte.

En los romances y letrillas, en los idilios y anacreónticas no ha tenido rival ni sucesor; y aunque en los demás géneros sobresaliese menos, bien puede asegurarse que de ningun autor se reunirán tantas y tan perfectas composiciones para formar uno ó dos tomos, que á juicio de los críticos serian de oro, como de los cuatro de que constan las poesias de Melendez. Reimpresas diferentes veces, y traducidas á una porcion de lenguas, se han hecho clásicas y son la joya de mas valor que tiene nuestro moderno parnaso, mereciendo por ellas que se le designe con el honroso título de Restaurador de la poesia castellana en el siglo XVIII.

Ningun escritor ha tenido un aura tan popular ni mas bien adquirida al publicar sus poesias en cuyo elogio se ensayaron las musas españolas; ninguna muerte tampoco fue mas espontáneamente sentida y llorada por los vates nacionales y extranjeros; prueba incontestable de su extraordinario mérito: pero si aun ésto no bastase quedaban sus discípulos, entre ellos los dos poetas mas grandes del siglo XIX, Quintana y Gallego, que son el mejor testimonio para acreditar la restauracion de las letras en España y á su inmortal maestro.

Pero al recordar los tiempos de Melendez, naturalmente se ofrece á nues-

tra consideracion el movimiento literario de su época, y el grande influjo que la Escuela Salmantina llegó á ejercer á fines del siglo pasado y principios del actual, como centro de donde partian raudales de saber y buen gusto, que habian de regenerar las ciencias y particularmente la poesia castellana. Siendo el principal floron de la auréola literaria de Melendez el haber sido su gefe y restaurador de ella, preciso será decir algo de cómo se hallaba, pues solo así avalorarse pueden los quilates de su talento poético, mal apreciado y casi en olvido en estos tiempos, en que la superabundancia de coplas, no de buenos versos ni de poetas, ha hecho disminuir y rebajar su mérito é importancia.

Ofrece cada siglo al espíritu humano un aspecto diferente, resultado de causas generales que influyen mas ó menos en sus diversas tendencias, pero que no es dado contrariar á nadie á los primeros impulsos, hasta que, ó bien llegan á desarrollarse y desarrolladas se debilitan, ó se presenta un genio que con oportunidad las cambia y dirige á otro fin que el anteriormente seguido. No era Melendez por su carácter, ni por su elevacion y espíritu capaz de arrostrar tamaña empresa, pero le favorecieron las circunstancias, y por consiguiente á él, mas que á ningun otro, se debió el movimiento regenerador de la poesia en España.

Efectivamente, á las extravagancias y alambicados conceptos del *culteranismo*, á su hinchazon y exageradas hipérbolos, que con *Góngora*, como dogmatizador y gefe, reinaron en el siglo XVII, se sucedió la insípida frialdad

de los preceptistas del XVIII, los cuales, con su escrupulosa rigidez, apagaron las llamaradas del genio, convirtiendo la poesía en un lenguaje prosaico y trivial.

La historia literaria de aquel tiempo refiere que existía en Madrid, ha poco mas de un siglo, una academia poética conocida con el nombre del *Buen Gusto*, que presidía la Condesa viuda de Lemus, y á la que concurrían los ingenios mas notables de la corte: sobresalían en ella Luzan, Montiano, Porcel Velazquez y el conde de Torrepalma; pero todos estos mas que poetas eran aficionados á la poesía, y no lograron otra cosa que vestir á las musas españolas el ajustado traje de la corte de Luis XIV, la cual, con la influencia de los Borbones en España, principió á servirnos de modelo.

Ya en nuestro número anterior, aunque con diverso objeto, tuvimos ocasion de manifestar, que éramos estrechados en todo; y hé aquí la razon de las diferencias notables, que separan á un siglo de otro hasta ser antagonistas: así es que si fuimos *culteranos*, degeneramos, por no serlo, en insípidos *prosistas*. ¿Quién tendría paciencia para leer ahora las sátiras de Amato Benedicto, que se publicaron en el Semanario de esta ciudad á fines del siglo pasado? pues á tal punto habían reducido la poesía castellana los sectarios de esa escuela, que si principió con laudable fin en Luzan á desarraigar los vicios que la afeaban, dirigiéndola por buen sendero, vino á parar al *prosaismo* reinante en tiempo de Melendez, y de que son buen testimonio la obra ya citada y las de Sa-

las, Santibañez, Ureña, conde de Noroña y otros muchos.

Tres ó cuatro poetas, que continuaron esparciendo las buenas doctrinas y ejemplos de la academia del *Buen Gusto*, ó sea de los *galo-luzanistas*, no alteran la regla general: por eso la aparición de Melendez en la escena literaria fue saludada con tantos vivas y aplausos, haciendo presagiar un porvenir venturoso á la poesía castellana.

Moratin, el padre, y Cadalso fueron de este corto número; pero aunque el primero tenía mas inspiracion y aventajaba á todos los antecesores de Melendez, en el siglo pasado, influyó mas eficazmente el segundo con nuestro poeta, por la circunstancia de hallarse de guarnicion en esta ciudad, mandando el regimiento de caballeria de Santiago, del que era coronel, y con cuyo motivo presentósele ocasion de relacionarse con los literatos distinguidos de ella, entre los que sobresalía ya, dando señales de aventajado númen, el cantor de la Paloma de Filis y la Flor del Zurguen.

Persuadido Cadalso de su mérito, y tan simpáticos de caracter los dos, contrajeron estrechísima amistad, siendo tal vez á ella, mas que á ninguna otra causa, debido el que Melendez se librase de los vicios literarios que caracteriza su época, y á lo que contribuyó no poco con sus consejos desde Sevilla, el inmortal Jovellanos. Algunas de sus composiciones poéticas nos revelan esas íntimas relaciones habidas entre maestro y discípulo, y que insertamos á continuacion, para finalizar este artículo; porque tal vez fueron las primeras escritas en loor de Melendez, y patentizan la grande con-

sideracion é importancia que el primero daba al segundo por hallarle tan sobresaliente é inspirado poeta; este fallo ha sido despues confirmado ventajosamente por la posteridad.

JOSÉ BONILLA RUIZ.

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS.

(*Apuntes Biográficos.*)

Nació en la villa de Rivera del Fresno, provincia de Estremadura, á 11 de Marzo de 1754: estudió en Salamanca, y se dedicó á la carrera de Jurisprudencia, en cuya facultad se graduó de doctor cuando acabó sus estudios. Allí fue conocido de Cadalso, que fijó y dirigió la aficion y el talento que tenia para la poesia. La Academia Española premió en 1780 su égloga de *Batilo* en elogio de la vida campestre, y la villa de Madrid su comedia pastoral de *las Bodas de Camacho* en 1794. Al año siguiente dió á luz el tomo primero de sus *Poesias liricas*, recibido con aplauso extraordinario, y con el cual se puso al frente de los poetas que entonces habia en España. Era á la sazón catedrático de humanidades en Salamanca: el Gobierno le promovió en 1789 á una plaza de la audiencia de Zaragoza, de donde despues fue trasladado á la chancillería de Valladolid. Allí publicó en 1797 la segunda edicion de sus poesias en tres tomos en octavo que dedicó al Príncipe de la Paz. Al aprecio que merecia entonces del privado debió ser traído á Madrid

á la fiscalía de la sala de Alcaldes de Córte, que desempeñó hasta el año siguiente, en que le alcanzó la desgracia de su amigo Jovellanos, y fué mandado salir de Madrid y enviado á Medina del Campo con una comision insignificante. Priváronle despues de su empleo y le confinaron á Zamora: allí vivió algun tiempo, hasta que, mitigada algun tanto la animosidad que habia contra él, le fueron devueltos sus honores y sus sueldos, y se le permitió residir en Salamanca. Los acontecimientos políticos y militares de la invasion francesa en 1808 le sacaron de aquel retiro para tomar en ellos una parte que, despues de hacerle correr el peligro inminente de morir á manos del populacho de Oviedo, le obligó en último resultado á salir de su patria y pasar en Francia los años que le restaban de vida. Su muerte fué en Montpellier en 24 de Marzo de 1817; dejando preparadas sus poesias para la tercera edicion que se ha hecho de todas ellas en cuatro tomos en octavo en la imprenta Real, año de 1820.

(QUINTANA.)

OCTAVA

DE D. JOSÉ CADALSO.

A la dulzura natural de las poesias de Melendez Valdés.

— Cuando Laso murió las nueve hermanas
Lloraron con tristísimo gemido;

Destemplaron sus liras soberanas,
 Que solo daban lúgubre sonido:
 Gimieron mas las musas castellanas,
 Creyéndose entregadas al olvido;
 Mas Febo dijo: aliéntese el Parnaso:
 Melendez nacerá, si murió Laso.

A NACREÓNTICA DE CADALSO.

Con motivo de haber encontrado en Salamanca un nuevo poeta de esquisito gusto, particularmente en las composiciones tiernas.

Ya no verán, oh Tórmes!
 Tus áridas orillas
 Los manes de Galeno,
 Y del Estagirita.
 Alza la anciana frente
 Tanto tiempo oprimida,
 Y esparce por el campo
 Desde hoy jovial la vista.
 Nó ves cómo se acercan
 Con música festiva
 A tus arenas sacras
 El gusto y la alegría?
 En torno de ellas vuelan
 Los juegos y las risas,
 Cerca vienen las musas
 Del gran Febo seguidas.
 En medio de aquel coro,
 Nó ves cómo camina
 Un jóven, de quien tiene
 Ganimedes envidia?
 Nó escuchas que al acento
 De su suave lira
 Las nueve musas cantan,
 Y el verde prado pisan?
 Para adornar sus sienes,
 Y cabellos que brillan
 Mas que el oro, tributo
 De las lejanas indias,
 Tegiendo van guirnaldas,
 Y de Flora las ninfas,
 Para traer las flores.
 Van y vienen á prisa.
 Pues ese mismo jóven,
 Es por quien tus orillas
 Verán llegar las gracias,

El gusto y la alegría:
 Huyendo de sus voces
 Y célica armonía,
 Los manes de Galeno
 Y del Estagirita.

AL MISMO.

(Oda de Cadalso.)

Sigue con dulce lira
 El metro blando y amoroso acento
 Que el gran Febo te inspira;
 Pues Venus te da aliento,
 Y el coro de las musas te oye atento.
 Sigue, jóven gracioso,
 De mirto, grato á Venus, coronado;
 Y quedará envidioso
 Aquel siglo dorado
 Por Lasos y Villegas afamado.
 Dichosa la zagala
 A quien le sea dado el escucharte,
 Pues tu musa la iguala
 Con la diosa de Marte;
 Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.
 Aunque mas dura sea
 Que mármoles ó jaspes de Granada,
 Cual otra Galatéa;
 O sea mas helada
 Que fuente por los yelos estancada!
 Al punto que te oyere,
 Te admitirá en su cándido regazo;
 Si tu voz prosiguere,
 Te estrechará su brazo,
 Y amor aplaudirá tan dulce lazo.
 Y las otras pastoras
 De envidia correrán por selva y prado,
 Y verá la que adoras
 El triunfo que ha ganado
 Por haber tus ternezas escuchado.
 Mas ay de aquellos necios
 Que intenten competir con tu blandura!
 Solo verán desprecios
 De aquella hermosura
 Que una vez escucháre tu dulzura.
 Dirán su rabia y celos,
 En el bosque mas lóbrego metidos,
 Injuriando á los cielos,
 Y oyendo sus gemidos,

Responderán las fieras con bramidos.
 Entrada del averno
 Parecerá aquel bosque desdichado,
 Y do tu metro tierno
 Hubiere resonado,
 El campo que á los buenos dará el hado.
 Pasó mi primavera:
 (Los años gratos al amor y Febo
 Quién revocar pudiera!)
 Y á juntar no me atrevo
 Mi voz cansada con tu aliento nuevo.
 Sino yo cantaría
 Al tono de tu lira mis amores,
 Y al tono de la mia
 Cantarás entre flores
 Como suelen acordes ruseñores.
 Sigue, sigue cantando;
 No pierdas tiempo de tu edad florida,
 Que yo voy acabando
 Mi fastidiosa vida
 En milicia y en cortes mal perdida.
 En alas de la fama
 Tus versos llegarán á mis oídos:
 Si la trompa me llama
 A los mares vencidos,
 Y á los indios de Apache embravecidos.
 O al antártico polo
 Llevando las banderas del gran Cárlos,
 Diráme siempre Apolo
 Tus versos; y á escucharlos
 Acudirán los pueblos, y á alabarlos.
 Ni el estrépito horrendo
 De Neptuno, que ofrece muerte impía,
 Ni de Marte el estruendo
 Turbará el alma mía,
 Si suena en mis oídos tu armonía.
 Aun cuando dura parca
 Mayores plazos á mi vida niegue,
 Y en la fúnebre barca
 Por la estigia navegue,
 Y á las delicias del eliseo llegue.
 Oiré cuando Catúlo
 A la sombra de un mirto recostado,
 Con Propercio y Tibúlo
 Lea maravillado
 Los versos que la musa te ha dictado.
 Cuando acudan ansiosos
 Laso y Villegas al sonoro acento,
 Repitiendo envidiosos,
 Qué celestial portento!
 A quién ha dado Apolo tanto aliento?
 Y yo siendo testigo

De tu fortuna, que tendré por mia,
 Diré, yo fui su amigo,
 Y por tal me quería,
 Y en dulcísimos versos lo decia.
 Haránme mil preguntas,
 Puesto en medio de todos, de quién eres,
 Y cuantas gracias juntas,
 Y á qué zagala quieres,
 Y cómo baila cuando el plectro hieres.
 Y con igual ternura
 Que el padre cuenta de su hijo amado
 Las gracias y hermosura,
 Y se siente elevado
 Cuando lo escuchan todos con agrado,
 Responderé cantando
 Tu nombre, patria, genio y poesía:
 Y asombraránse cuando
 Les diga tu elegía
 A la memoria de la *Filis mia*.

ANACREÓNTICA

DE D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

A MELENDEZ.

¿Quién me dará que pueda,
 Batilo, remontado
 Sobre el humilde vulgo
 Seguirte por el árduo
 Camino por do corres
 Con gigantes pasos
 Al templo de la fama?
 ¿Quién me dará que al alto
 Monte contigo pueda
 Subir á henchir mis labios
 Cual tu del dulce néctar
 En el raudal castálio?
 ¿Pluguiera al Dios intonso
 Que juntos del Parnaso
 Venciésemos la cima,
 Y en ella rodeados
 De gloria, á par del númen

Viviésemos loando
 De la virtud divina
 La gracia y los encantos!
 Entonces sí que, libres
 Del soplo envenenado
 Del odio y de la envidia,
 Burlaremos cantando
 Sus tiros descubiertos
 Y sus ocultos lazos.
 Entonces sí que, lejos
 Del turbulento bando
 Que sigue los pendones
 Del vicio, y agitados
 De un estro mas divino
 Las lirás, por la mano
 De la amistad guarnidas
 De oro y marfil, tocando,
 Los cielos de armonía
 Hinchierámos, en tanto
 Que la parlera fama
 Llevaba resonando
 Unidos nuestros nombres
 Desde el arturo al austro.
 Entonces sí que, absortos
 Al peregrino encanto
 De nuestra voz, los hombres
 Huyeran desde el ancho
 Camino de los vicios
 Hasta los poco hollados
 Senderos que conducen
 A la virtud, ganando
 Con santo ardor la altura,
 Do tiene el soberano
 Rector del cielo justo
 Su galardón guardado.

Á MELENDEZ,

CUANDO LA PUBLICACION DE SUS POESÍAS.

(de D. Manuel José Quintana.)

¡Gloria al grande escritor á quien fué dado

Romper el sueño y vergonzoso olvido
 En que yace sumido
 El ingenio español; donde confusas,
 Sin voz y sin aliento,
 Se hunden y pierden las sagradas Musas!

Alto silencio en la olvidada España
 Por todas partes estendió su manto,
 Cuando tu hermoso canto
 Resonando, ¡oh Melendez! de repente,
 De orgullo y gozo llena,
 Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas
 Crecer las nieblas de ignorancia viendo
 Natura, y sacudiendo
 El ocio letargoso en que yacia
 Dijo: «Que Homero sea;»
 Y Homero nace, y resplandece el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,
 Bien como el fondo del etéreo cielo
 Gratos aun mas que el vuelo
 Del céfiro sonante en el estio,
 Cuando las hojas mueve,
 Y temple el rayo en delicioso frío.

Tus armoniosos versos á raudales
 Del manantial fecundo se arrebatan,
 Dó fieles se retratan
 Las flores y los árboles del suelo,
 Las sierras enriscadas,
 Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! Amable Anacreonte,
 Tu, que en estro y amor mientras vivias,
 Mísera Safo, ardias;
 Y tú, divino Píndaro, que elevas
 En tu atrevido acento
 Con tu nombre clarísimo el de Tébas;

Volad hácia las playas de occidente
 Desde la cumbre de Hilicon divino,
 Y vez el gran destino
 Con que se ensoberbece el suelo iberio
 Mirando en su poeta
 Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira
 Cuando el canto de amor en ella suena;
 Y apacible y serena
 La belleza en sus versos vencedores
 Se goza retratada,
 De rayos coronada y resplandores.

Seguídle luego á los amenos campos,
 A la abundosa y apacible vega
 Que el claro Tórmes riega;
 Y al escuchar su pastoral acento,
 Ved florecer las rosas,
 Reir el prado, embebecerse el viento.

Mas ¿dó su musa rápida se esconde?
 ¿Dónde se eleva? A su ambicioso pecho
 El orbe vino estrecho,
 Y el éter se encumbró; gozosa mira
 Bajo de sí las nubes,
 Y al campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,
 Le seguireis! Desde el fanal de Apolo
 Al rutilante polo
 Todo lo abarca en su inmortal porfia,
 Y de fulgor se llena,
 Y torrentes de lumbre al mundo envia.

A esta pompa magnífica, á los ecos
 De aplauso universal que resonaron,
 Sus cuellos agitaron
 Las sierpes de la envidia, y de su seno
 Ya á lanzar se aprestaban
 Con torpe lengua el infernal veneno;

Cuando un genio gritó: «¡Monstruos odiosos!
 ¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria
 De tan hermosa gloria?
 Sabed que nunca de la niebla umbría
 El insensato orgullo
 Vencer presume en claridad al día.

Admirad y callad,» dijo. La envidia
 Vióse aterrada, y su furor fué vano;
 Y el genio abrió su mano,
 Y el lauro descendiendo omnipotente,
 Al inmortal poeta
 Cercó de rayos la gozosa frente.

SONETO

de D. Leandro Fernandez de Moratin.

A LA MEMORIA DE D. JUAN MELENDEZ
 VALDES.

Ninfas, la lira es esta que algun día
 Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
 Del Tórmes, cuya voz armoniosa
 El curso de las ondas detenía.

Quede pendiente en esta selva fría
 Del láuro mismo que la cipria diosa
 Mil veces desnudó, cuando amorosa
 La docta frente á su cantor ceñía.

Intacta y muda entre la pompa verde
 (Solo en sus fibras resonando el viento)
 El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
 Feroz ignora la opinion que pierde,
 Negando á sus cenizas monumento.

A LA MUERTE DE DON JUAN MELENDEZ VALDES.

ODA.

(DE D. ALBERTO LISTA.)

No muere el genio, nó. Pudo la tumba

Encerrar las cenizas
Del inmortal Batilo; mas el fuego,
Que su divino espíritu animaba,
Sobre los siglos vuela,
Y á la sublime eternidad anhela.

Y vivirá, mientras al mar de ocaso
Los españoles rios
Vuelquen las ondas, que halagó su acento,
Y á la beldad y á su cantor enlacen
Refulgente corona
Las soberanas ninfas de Helicon.

Del amor en el seno y en los brazos (1)
De la amistad llorosa
¡Ay! exhalaste el último suspiro:
La dulce imagen de la patria amada,
Que ennobleció tu lira,
Ante tus ojos moribundos gira.

Los cierras á la luz. Con tardas ondas.
Breve raudal mezquino, (2)
Del sacro Tajo y Bétis envidiado,
Ignora, cuando riega de tu tumba
Las marchitadas flores,
Que allí yacen de Iberia los amores.

En tanto mas perenne monumento,
Que los de Roma y Caria,
Un rey piadoso á tu memoria eleva. (3)
El bronce muere y se deshace el mármol;
Mas el canto divino
No se rinde al imperio del destino.

Tu sombra agradecida se conmueve,
Y en el sepulcro helado
Circula un rayo de tu hermoso genio;
Que por cantar al bienhechor augusto,
Hoy de la parca fiera
La inexorable ley romper quisiera.

Descansa, sombra ilustre: cuantos vates

(1) Su esposa Doña María Andrea de Coca y su sobrino Don Cristóbal Meléndez Valdés, fieles compañeros de sus infortunios, fueron su único consuelo en la larga y penosa enfermedad que precedió á su muerte.

(2) El Herault.

(3) La edición de sus poesías hecha de orden de S. M. en la imprenta real, será en los siglos futuros uno de los primeros títulos de la nación española á la gloria poética.

Son hijos de tu aliento
Desde el Ebro á la playa gaditana;
Cumplirán su deber; y el sacro nombre
Del Pindo en los vergeles
Coronarán las musas de laureles.

Y tú, tierra hospital, que sus cenizas
Benigna ocultas, salve;
Eterno y dulce abril de flores ciña
Y embalsame con aura deliciosa
La humilde tumba, donde
Al Tibulo español la parca esconde.

En ella yace á un lado el plectro de oro
Que en ternura sublime
Las sonoras cuerdas encendía,
Y el pámpano y el mirto citeréo
Que su lira adornaba,
Y del vendado dios rota la aljaba.

Salve, bella Occitania: ó tú querida
Mansion de las Pierias:
Su primer llama á trovadores tiernos
Tú viste difundir, cuando sañuda
En fieros torreones
La barbarie arbolaba sus pendones.

Desde el Alpe al selvoso Pirinéo
No hay monte, valle ó rio,
Que no acuerde las glorias de las musas;
A Florian el dulce y virtuoso
El Gard arrebatado
Oyó de madre selva coronado.

Mas allá la Nereída enternecida
Aun hoy llora la muerte
Del malogrado Garcilaso; el Sorga,
Resbalando entre límpidas guijuelas,
Cuando halaga las flores,
Susurra de Petrarca los amores.

Aqui el margen del rápido Garona
Oye los dulces cantos,
Que á la sensible Isaura (1) se consagran:
Allí la ninfa del Adur vencido
Quiere aplacar con ruegos
La inexorable sombra de Cienfuegos. (2)

(1) Fundadora de los juegos florales de Tolosa.

(2) Yace en Orthez, donde murió el año de 1809.

¡O tierra sacra á Febo! Ya el destino
 A tanto nombre ilustre
 Unió el del padre del Parnaso ibero.
 Salve mil veces; y en tu gremio gocen
 Amado y quieto asilo
 Los manes del dulcísimo Batilo.

ODA

(DE D. JUAN DONOSO CORTÉS.)

EL NUEVO SEPULCRO DE MELENDEZ.

*A los Excmos. Sres. Duque de Frias
 y D. Juan Nicasio Gallego.*

¡Oh Musa! tu que la purpúrea frente
 Ciñes de fresco mirto en Helicon,
 Y de nevado lino y verde trébol
 Las gracias te gen tu inmortal corona,
 Suave bate vagarosas alas;
 Desciende al alma mia
 Y báñala serena
 En templado frescor y en ambrosía.
 Pero ¿qué triste acento en torno suena?
 Yo te miro gemir: copioso llanto
 El brillo de tus ojos descolora,
 Y la trompa humedece de tu canto.
 Pálida y triste la abatida frente
 Orna el cipres con su funesta rama,
 Y su copa doliente
 Tiñe en horror, que por su faz derrama.
 El fragoso viento
 Con silvidos horrísonos la mece:
 La clara antorcha que en el cielo ardía
 Súbito empalidece
 Y roba al suelo el encendido día.

¡Qué oscuridad! en pavorosa nube
 Cual cometa fatídico, la muerte
 Ceñida de temor, pálida llega;
 Y su funesto manto en son horrendo,
 Al aire sacudiendo
 Sobre el mísero suelo le despliega.
 Tiembla en lecho de plumas el impío,

Y siente por su seno
 Correr helado, silencioso frío.
 Mas ¡ay! ¡qué horror! su frente pavorosa
 De sierpes coronada
 Sobre *Melendez* pálida reposa.
 Siete veces en torno de su lecho
 Tiende y replega sus funestas alas.
 Respira de su boca humor sangriento,
 Y pavoroso espanto,
 Y ponzoñoso aliento:
 Y derrama su manto
 Dolor y luto, y destruccion y llanto.
 «No mas: no mas: perdona al inocente;
 Perdónale una vez.» Pero ¡ay! en vano
 Ella se avanza y con helada mano
 Borra la vida en su serena frente;
 Y Apolo le recibe,
 Y allá en la eternidad su nombre escribe.

Gemid en triste son, Iberas Musas,
 Que ya fueron los ecos y la trompa
 Que en los Hesperios ámbitos sonaban;
 Y en magestad y pompa
 De un mar al otro mar se dilataban,
 Ya fué el vate divino,
 Que con lábio dorado
 Cantó el placer, la risa y los amores;
 De limpias fuentes el cristal quebrado,
 Sus crespas ondas y pintadas flores.
 En su nevada frente
 Yace marchito su laurel luciente;
 Y su acordada lira,
 Mucho mas dulce que la miel Hiblea,
 Ni el *Tórmes*, ni el *Otéa*
 En sus sonoras cuerdas ya respira.
 Cesaron en su canto los pastores,
 Y la fontana pura,
 Que con mansa blandura
 Sus lazos desataba,
 Y las purpúreas flores
 De blanca espuma y de frescor bañaba,
 El paso perezoso
 Desliza por la umbría,
 Perdida su alegría:
 Que el bárbaro destino,
 Le arrancó en sus furoros
 Y con él su ventura y sus amores.
 Al deslizar sus ondas,
 Con lúgubre gemido,
 Parece que *Melendez* le decia;
 Y *Melendez* ¡ay triste! no la oía.

La Ninfa del Zurguen la nivia frente
Entre sus claras ondas ostentando
Lánguida y triste á su amador llamaba;
Y su amador en tanto,
En el suelo extranjero
Su venerable frente reclinaba:
Francia miró su suspirar postrero.

Ya marchitada su beldad se mira
Y con siniestro vuelo
Pálida sombra por su tumba gira.
¿No escuchais el gemido
Y el mísero alarido,
Que en el horror de la funesta noche
Un ¡ay! lanzando del rasgado seno,
Dice con voz de trueno,
«Mi Patria para mí ya se ha perdido.»
¿No veis aquella losa solitaria,
No pisada del hombre todavía,
Donde pálida, apenas se retrata
De antorcha sepulcral la luz sombría?
¿Dónde el silencio entre las sombras reina
Ni de ave, ni de hombre interrumpido
Mansion funesta del eterno olvido?
¿No veis que horror y oscuridad la baña?
Fantasmas pavorosas la coronan,
Y el genio de la noche la acompaña.
De allí salió el clamor; de allí el gemido
En alas de los vientos conducido.

Pero ¡ay! ¿qué nuevo sol el horizonte
De viva grana y de esplendor colora;
Y al suelo Ibero silencioso y triste
De magestad reviste,
Hunde sus sombras y sus montes dora?
Ya brillan encendidas
Las enarcadas bóvedas tendidas
Del esplendente cielo;
Ya por las sombras al cenit se avanza
Y viva lumbre hasta el olimpo lanza;
Y su encendido velo
Sacude luminoso,
Cual fanal de la luz esplendoroso.
¿Quién es aquel bizarro
Que el lauro ciñe en su sagrada frente,
Y el látigo luciente
Crugiendo, rueda sobre ardiente carro?
Sus bridones agita,
Y el carro por la Francia precipita.
Y su frente gloriosa
Sobre la humilde tumba de *Melendez*,

Besando sus cenizas se reposa.
Favonio encadenado
Ya sale alborozado
De sus mansiones lóbregas sombrías;
Y enrizando su blonda cabellera
«Salve, le dice, generoso Frias.»

Ya éste, agitando del laurel luciente
La temblorosa rama
Sobre su sacra frente,
Las artes de los genios vengadoras
En torno de sí llama;
Y ellas sobre él estienden
Sus alas voladoras
Del hombre y de los siglos vencedoras.
Él las dá la señal: y en el momento
Con sonoro acento
La gloria de *Melendez* todas cantan,
Y á sus vengados manes
Un sepulcro magnífico levantan.

¡Salud! ¡Oh Protector del Vate Hispano!
Mi tosca lira en su salvage acento
Ya miro resonar; pulsar ya siento
El plectro de oro á mi robusta mano.
¿Quién, cuando todos en letargo yacen,
Sintió tu inspiracion? ¿Quién el deseo
De ornar la frente plácida y serena,
Con tan pomposo y celestial trofeo?
Gallego el viento sacudido suena,
Gallego debió ser: ¿Quién á tu canto
Pudiera resistir, vate sublime,
Cuando empapada en llanto,
Muestras la triste España,
Que desolada gime,
Á la rábida saña
Del galo fiero, que el alfange esgrime? (1)
O cuando allá en tu pecho arrebatado
Se pinta el porvenir; las artes miras
Subir en ráudo giro,
Á mas alto esplendor que nunca vieron
Grecia, ni Roma, ni Sidon, ni Tiro. (2)

Y á mi tambien el porvenir se ostenta;
Y este hondo tenebroso miro,
Que ante mis ojos lánguidos presenta.

(1) Alusion á su elegia el 2 de Mayo.

(2) Idem á la oda del mismo titulada Influencia del entusiasmo en las Bellas Artes.

Veo los siglos futuros devorarse,
 Y vuestro nombre en tanto
 Del reino del olvido y del espanto
 En alas de los siglos libertarse.
 Una edad á otra edad, la dice *aun vive*;
 Y con pluma de fuego
 En los anales vuestro nombre escribe:
 El trueno rueda del luciente cielo;
 Y á su hórrido estampido,
 El viento sacudido,
 Asi le dice al angustiado suelo:
El génio no perece
 Y entre las hondas nieblas de los tiempos
 Vuestro nombre seguro,
 Mas claro y mas brillante resplandece.

SONETO.

¡Cómo pulsar mi destemplada lira
 Dó tanta ilustre voz vibra sonora
 Y por *el Cisne de los cisnes* llora,
 Al triste son del Tórmes que suspira!

Entre mis lábios mi cantar espira,
 Que hondo pesar mi corazón devora
 Al ver de tanta mente creadora
 Sepulcros solo (1) al brillo de una pira.

De su gloriosa luz á los fulgores
 Esas preclaras tumbas reverencio
 Y el arpa rompo dó entoné loores;

Que al *Génio* y al *Sepulcro*, en mis dolores,
 Tributo solo admiración, silencio,
 Plegarias santas y piadosas flores.

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

SEPULCRO DE MELENDEZ.

Para mejor inteligencia de la ODA
 del Sr. Donoso, trascribimos los si-
 guientes pormenores tomados de una

(1) De los precedentes autores no vive mas que el Señor Quintana.

biografía de D. Juan Nicasio Gallego.

«Durante su residencia en Montpellier se acordó (don Juan N. Gallego) de que el célebre restaurador del buen gusto en la poesía castellana, D. Juan Melendez Valdés, de quien en su primera juventud habia recibido particulares distinciones y afecto, habia fallecido en aquella ciudad, emigrado tambien como otros ilustres españoles que han dejado sus huesos en tierra estrangera por efecto de las varias vicisitudes de nuestros infelices tiempos. Despues de muchas diligencias pudo averiguar la casa y el dia de su fallecimiento, pero no el sitio en que se hallaban sus cenizas, porque su viuda las hizo enterrar clandestinamente y por via de depósito en una quinta con la mira de traerlas á España en tiempo oportuno. Esta noticia, debida á una anciana en cuya casa falleció Melendez, aguijoneó mas su curiosidad, y al cabo supo saber que de la quinta habia sido trasladado el cadáver á la parroquia de la aldea de Montferrier, que regentaba un religioso español, amigo del poeta. Hizo en compañía de los duques (de Frias) un viaje á dicha aldea, y allí supieron que el pobre religioso, anciano ya, y casi alelado, habia puesto furtivamente de noche y ayudado solo de un sacristan de toda su confianza, en un rincon de su miserable iglesia, debajo de un monton de piedras el arca que contenia los huesos de Melendez, temeroso de que se descubriera que estaban allí, en vez de estar en el cementerio, como previenen las leyes.

Resolvieron entonces traerlos á Montpellier, previo permiso del Gobierno, y obtenido éste, fueron llevados en procesion hasta el arrabal, donde se hallaba para recibirlos el cabildo eclesiástico, que los condujo á la iglesia de los Penitentes Azules, donde se celebró el funeral, y de allí al cementerio. Hízose todo á espensas del duque, como tambien un sepulcro digno, cubierto con una gran losa de mármol blanco, despues de comprar el terreno á *perpetuidad*, segun allí se dice. En la losa se esculpieron el epitafio y dísticos latinos que compuso el Señor Gallego, y son los siguientes:

D. O. M.

JOANNIS. MELENDEZ. VALDES.

HISPANI. POETAE. CLARISSIMI.

AN. MDCCCXVII. DIE. XXIV. MAI.

MONPELLI. SUBITO. EXINCTI.

MORTALES. EXUVIAS.

PER. UNDECIM. AN. SPAT. INDECORE. SEPULTAS.

AC. OBLIVIONI. FERE. TRADITAS.

IN. HUNC. DIGNIOREM. LOCUM.

BERNARDINUS. FERNANDEZ. DE. VELASCO.

DUX. DE. FRIAS.

ET. JOANNIS. NICASIUS. GALLEGO.

ARCHIDIACONUS. VALENTINUS.

NON. SICCIS. OCULIS.

TRANSFERENDAS. CURARUNT.

R. I. P. A.

Los versos son estos:

Quam dederant dulci Chàrites arguta Batillo
Fistula, Volcarum litore fracta jacet.
Digna Syracosio calamo, citharàque Properti,
Dum repetit mœstus carmina blanda Tagus,
Te, Lede, qui niveis lambis felicior undis
Hunc tumulum, serves pignora cara rogat.

En la *Gaceta* del 11 de Setiembre de 1835, el sábio D. Alberto Lista, refiriendo incidentalmente estos sucesos en un excelente artículo sobre Lope de Vega, despues de pagar un justo tributo de elogios al celo de los Señores Duque de Frias y D. Juan Nicasio Gallego, y de copiar la inscripcion y los dísticos citados, pone al pie la traduccion de aquella y de estos, que nos limitaremos á transcribir aqui, por no creer posible mejorarla.

Dice asi la inscripcion.

«A Dios óptimo máximo. Bernardino Fernandez de Velasco, Duque de Frias, y Juan Nicasio Gallego, Arcediano de Valencia, cuidaron, no sin lágrimas, de que los restos mortales de Juan Melendez Valdés, esclarecidísimo poeta español, que murió repentinamente en Montpellier el 24 de Mayo de 1817, sepultados indecorosamente por espacio de 11 años, y casi entregados al olvido, fuesen trasladados á este mas digno monumento. Descansen en paz. Amen.»

El sentido de los versos es el siguiente:

«Aquel, que á su Batilo concedieran
Las gracias, caramillo sonoro,
Roto en la playa de los Volcas (1) yace.

(1) Nombre que tenian antiguamente los habitantes de la parte litoral de Languedoc.

(2) LEDUS, nombre antiguo del pequeño rio que pasa junto á Montpellier. Hoy se llama LES.

Mientras repite el Tajo entristecido
Sus blandos versos, dignos de la avena
Sícula y de la lira de Propercio;

Te ruega, oh Ledo (2), á tí, pues mas felice
Bañas con frescas ondas esta tumba,
Que tan queridas prendas le conserves.»

Entre estos y aquella están representa-
das en el monumento una lira con otros
emblemas de la poesía, y un caramillo roto.»

NOTA AL SONETO DE MORATIN.

Cuando se escribió el anterior so-
neto por Moratin, el hijo, restaura-
dor de nuestro teatro español, como
Melendez lo fue de la poesia lirica
castellana en el siglo XVIII, aun no
se habia levantado el digno monu-
mento, que para perpetuar su me-
moria mandó erigir á sus espensas
el Excmo. Sr. duque de Frias, y en
el que se colocaron los restos morta-
les de Batilo, el cantor del Tormes.
Tampoco el gobierno español habia
dispuesto entonces se imprimiesen
con el mayor lujo posible las obras
poéticas del Vate mas tierno y dulce
que han tenido los modernos, carac-
terizado por los críticos como el Ana-
creonte español ó el Tibulo del siglo
XVIII; subsanada esta falta mandá-
ronse publicar por S. M. el rey, en
1820, todas sus poesias, que compo-
nen cuatro tomos en octavo, de lujo-
sa edicion con su retrato al frente, y
una noticia histórica y literaria de
su vida, por el Excmo. Sr. D. Ma-
nuel José Quintana digno discípulo
suyo. Tambien se mandaron impri-
mir despues aunque con mas lujo y

adornadas de hermosas láminas, todas
las obras literarias de D. Leandro
Fernandez de Moratin, compuestas de
seis volúmenes en cuarto francés,
magnífica edicion, que honra no solo
al poeta, sino á la nacion que dispu-
so levantarle este monumento impe-
recedero de su gloria: habiendo fa-
llecido en Francia, como Melendez y
pocos años despues que éste, mereció
que su amigo D. Manuel Sívela le
erigiese otro modesto monumento fú-
nebre, en que descansaba, hasta que
nuestro actual gobierno dispuso con
motivo de la muerte del Escelentísi-
mo Sr. marqués de Valdegamas, tras-
ladar sus restos á España para que
figurasen entre los primeros de nues-
tro panteon nacional, y en el que de-
berian ser colocados todos los hom-
bres célebres que hemos tenido, pero,
ínterin ésto se realiza, juzgamos de
nuestro deber que de las riberas del
Tórmes, de la célebre y monumental
ciudad que bañan sus aguas salgan
las primeras escitaciones al gobierno
de S. M., para que asi como decretó
la traslacion de los restos mortales
de Donoso Cortés, y los de Moratin
fuesen trasladados á nuestro pais los
del no menos célebre é inmortal Ba-
tilo: creemos satisfacer los deseos de
nuestro orgullo nacional al hacer se-
mejante indicacion, que seria suma-
mente aplaudida, si llegase á tener
efecto.

CASA DE MELENDEZ.

He aquí lo que dice de la morada

del Poeta, D. José Somoza, uno de sus mas queridos discípulos:

«Es muy singular y digno de la historia de la poesía que el dulce y anacreónico Melendez compusiese sus mejores versos en una *casa* de la estrecha calle de *Sordolodo*, en Salamanca, calle en que todos los vecinos eran herreros, cruzándose las chispas de las fraguas, y machacando dia y noche veinte mazos. Tal era la campestre perspectiva y los melodiosos ecos de que gozaba el cuarto de estudio del amable poeta, que llamaba él la Caverna de los Cíclopes.»

Nosotros añadiremos que tambien vivió en una de las mejores casas de la Plaza mayor, en la *acera de Correos*, y que su copiosa biblioteca ocupaba la sala principal del primer piso.

PASEOS DE MELENDEZ.

La intensidad con que se entregó á sus estudios jurídicos, filosóficos y literarios alteró tan considerablemente su salud, que á veces llegó á arrojar sangre por la boca; gracias á un régimen severo, á la suspension de sus tareas y á los frecuentes y solitarios paseos que daba á orillas del Tórmes logró recobrar la salud perdida. En estos paseos, segun dice Quintana, *fué donde se acostumbrió á observar la naturaleza en los campos*; por lo cual podemos asegurar que no hay sitio en los alrededores de nuestra ciudad, que no inspirase al tierno Batilo esos armoniosos versos orgullo de nuestro Parnaso.

ESPOSA DE MELENDEZ.

En el año de 1783, á los veintinueve de edad, contrajo matrimonio con Doña Maria Andrea de Coca y Figueroa, señora natural de Salamanca, é hija de una de las familias mas distinguidas de la ciudad. En sus brazos exhaló el último suspiro, pues *constante y varonilmente* le acompañó en medio de los infortunios que acibararon los últimos años del ilustre poeta.

RETRATO DE MELENDEZ.

«Fué Melendez de estatura algo mas que mediana, blanco y rubio, menudo de facciones, recio de miembros, de complexion robusta, y saludable. Su fisonomía era amable y dulce, sus modales apacibles y decorosos, su conversacion halagüeña; un poco tardo á veces en esplicarse, como quien distraido busca la espresion propia, y no la halla á tiempo. Sus costumbres eran honestas y sencillas, su corazon recto, benéfico y humano; tierno, afectuoso con sus amigos, atento y cortés con todos. Tal vez faltaba á su caracter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido una vez elegido por la razon, y ésto dependia de su escesiva docilidad y condescendencia con el dictámen ageno.» «La dulzura de su genio y costumbres, un no sé qué de infantil que habia en su conversacion y en sus modales, en que se centelleaban á veces unas llamaradas de entusiasmo y una esten-

sion de saber, que por lo mismo sorprendian mas; en fin, la misma facilidad de su trato, y puede decirse que su excesiva docilidad, le adquirian amigos y conexiones, y le hacian parecer el niño mimado de la sociedad y de las musas.»

POETAS QUE PREFERIA MELENDEZ.

«De los poetas antiguos españoles prefería á Garcilaso, Luis de Leon, Herrera, Francisco de la Torre, y por una especie de contradiccion, que no deja de tener su razon y sus motivos, la poesia de Góngora, cuando no desatina, le encantaba; y se divertia mucho con los despropósitos festivos é ingeniosos de Quevedo.

TRIUNFO DE MELENDEZ.

Hé aquí como se espresa Quintana acerca del que alcanzó nuestro Poeta con su Égloga en alabanza de la vida campestre y de la derrota sufrida por Iriarte, el cual hizo una composicion que tiene mas aire de disertacion que de égloga, mientras que la de su rival, segun la feliz espresion de uno de los jueces del concurso, «olia toda á tomillo (1)» Los pastores de Iriarte controvierten su argumento, y uno de ellos dá á su compañero una leccion de economía doméstica, y aun de

moral; los de Melendez sienten, y la espresion de su sentimiento y de su alegría, hecha en versos delicados, fáciles, elegantes y verdaderamente bucólicos, es el mas bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella. *Batilo* pues fue coronado por la Academia, y los aplausos del mundo literario que le han seguido hasta ahora, y le seguirán probablemente mientras dure la poesia castellana, han respondido harto decisivamente á la critica injusta y ligera que el despecho de ser vencido arrancó entonces á Iriarte.

MODESTIA DE MELENDEZ.

«Preguntábanle una vez por qué no escribia una Oda á un asunto en que acababa de ejercitarse, y con mucha aceptacion, otro poeta amigo suyo. «Porque no quiero, respondió, tener la mortificacion de desempeñarle menos bien, ni tampoco causársela á él si hago una obra mejor que la suya.» En otra ocasion leia un poema descriptivo de uno de sus discipulos: su primer movimiento fué celebrarle llorando; pero despues con un aire melancólico soltó el papel, añadiendo: «Ya me van dejando atras.» Y no tenia razon, porque jamás le serán comparados ni aquel como poeta lírico, ni éste como descriptivo.»

SALAMANCA.—1854.

IMPRESA DE D. B. MARTIN Y COMPAÑIA.

(1) D. Antonio Tavira.